

Virginia Claudia Martin
Universidad Nacional del Sur
Profesora
vcmartin@bblanca.com.ar
Teléfonos: 0291-4562402 - 0291-156425824

La biblioteca “Arturo Marasso” de la UNS: la relectura de una colección.

“Toda lectura es lectura de un lugar extranjero,
de un primer lugar”
E. Jabés

“El que da no se priva de lo que da”
J. L. Borges. *La cifra*

Así como Antoine Compagnon en el libro *La segunda mano o el trabajo de la cita* comienza con una advertencia al decir que su libro no tiene “un objeto definido” sino que tiene dos objetos a los que se dedicará en un recorrido oscilante, lo que lo convierte en “un libro bífido, como la lengua de serpiente que tentó a la primera mujer” (2020:13) también, este trabajo oscilará, con menor amplitud erudita, pero no con menos intensidad, entre dar a conocer un trabajo comenzado recientemente, un proyecto académico enfocado en una colección, y comentar algunos rasgos de las dedicatorias encontradas en los libros de esa colección, para reflexionar sobre *la dedicatoria* como forma comunicativa destinada a manifestar un afecto o reconocimiento entre quien ha escrito y quien leerá. Esta intención justifica la presencia de los dos epígrafes que encabezan este trabajo, la lectura en relación con las coordenadas del tiempo y del espacio y la dedicatoria como rúbrica de un gesto de ofrecimiento que puede ser pensado como de intercambio.

El marco que da sustento, oportunidad e impulso a esta bipolaridad textual es la biblioteca “Arturo Marasso” del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur. Su nombre responde a la presencia de una colección, producto de una decisión que conjuga lo académico y lo amistoso.

El nombre “Arturo Marasso” acompaña a la biblioteca de Humanidades de la UNS desde el 22 de junio de 1970 y esta fecha remite a otra, el 24 de febrero de 1956, cuando se funda el Instituto de Humanidades, por resolución N° 34 del rector-interventor de la Universidad Nacional del Sur, profesor Vicente Fatone; en ese momento se advierte una urgencia, la de contar con material específico y propio. El instituto se funda como “unidad de investigación paralela a la unidad docente para la formación de investigadores e investigación científica”. En la misma resolución se acuerda que el profesor Héctor E. Ciocchini fuera designado como director interino quien es confirmado por concurso en 1958.

En la *Memoria* del Instituto que abarca desde su creación hasta abril de 1969 se manifiesta claramente su objetivo: “aspira a ser un centro de síntesis, que agrupe en su seno las distintas ramas de las humanidades contemporáneas herederas de la tradición clásica que se amplía y desarrolla en el humanismo científico y que advierta los puntos de analogía y convergencia”. En este mosaico humanístico nace la biblioteca y su caudal primero responde a la adquisición de material al profesor Marasso.

Antonio Camarero Benito, profesor y entonces vicedirector del Instituto, describe a su colega como un “Sócrates que vivía hasta hace muy poco en nuestro inmenso Buenos Aires” (Camarero, 1970:2). Como el filósofo de Atenas, este pensador cercano provocaba

en los demás “la admiración por la íntima belleza de la naturaleza para llegar a la verdad esclarecedora de la esencia humana, el misterioso descubrimiento del ser del hombre”. En una nota enviada a la Academia Argentina de Letras con motivo de la muerte de Marasso, Manuel Mujica Láinez lo describe como “un maestro auténtico, gran sabidor y también gran derramador de ciencia”, el derrame intelectual de este pensador permitió conformar el caudal de esta colección. Arturo Marasso era el prototipo de la generosidad del maestro y de la escritura múltiple desde una curiosidad incansable que se traslada desde su Chilecito natal a Buenos Aires donde ejerce la docencia en el Profesorado Mariano Acosta y a la ciudad de La Plata, donde se desempeña como profesor en la Universidad. Una inmerecida situación económica y un paupérrimo ingreso después del retiro se encuentran con la búsqueda que esta creación institucional reciente inicia para sustentar el afán de investigación. En 1956, toda búsqueda intelectual conducía a una biblioteca, toda referencia era textual y todo humanista concebía al libro como un nexo incuestionable con la memoria y el pensamiento.

El inventario se inicia en el año 1957 a partir de tres mil ejemplares adquiridos a Marasso y así, la biblioteca conforma su sesgo humanístico que la definirá a lo largo de su historia. Esas obras presentan hoy un doble interés: el que proviene de la dinámica de su contenido y el que despierta la admiración del lector avezado en una bibliofilia incipiente, como la que se ha despertado en el marco de un proyecto de investigación que bibliotecarios, docentes, y estudiantes del departamento de Humanidades hemos decidido desarrollar.

Es inestimable el beneficio que esos ejemplares generaron en los comienzos del instituto. Son “de imprescindible consulta casi todas sus obras, por su exquisita selección e imposibilidad actual de adquisición” (Camarero Benito, 1970:3) La vastedad del pensamiento humanista de Marasso se encuentra con un instituto que aclara desde el primer artículo de su reglamento que “tanto desde el punto de vista del investigador como desde la totalidad del objeto, es imprescindible rebasar los límites de la especialidad en una visión armoniosa de síntesis” (1963:3) Las razones para respaldar el sentido de síntesis del instituto abarcan desde el riesgo de una despersonalización sin resonancias hasta la advertencia para no transformarse en un centro pasivo, depositario de conocimientos conservados, carentes de intercambios fértiles. Los fundamentos del Instituto coinciden con la productividad múltiple de Marasso; y, como su mentor, la biblioteca reitera esa pluralidad en la plasticidad y diversidad de sus anaqueles. Como corolario de esta integración ejecutiva valen las palabras que aclaran el quehacer institucional: “no se soluciona el problema de la comunicación de la técnica de investigación por cursos magistrales, sino por un aprendizaje en el taller de la investigación. El taller es el instituto.” (1963:4). Si el instituto es el taller, los libros de la colección “Marasso” son sus mejores herramientas.

Para Marasso el libro es el símbolo del universo, un orden creativo y profético. Ciocchini en un libro dedicado a este pensador, lo ubica en la mansedumbre del hogar y agrega “allí se fue constituyendo ese universo de los libros que es la biblioteca de Marasso; rara biblioteca, tan diversa en intereses, pero a través de la cual se puede ver el itinerario de la vida de un hombre” (Ciocchini, 1967: 51).

El legado del bibliófilo Marasso contradujo la personalísima clave de acceso y sucumbió a la difusión bajo la custodia del interés del investigador. Su adquisición toma la forma de un “legado” que contiene el lexema que lo relaciona con “delegar”; de la colección personal pasó a una colección institucionalizada, que señala cada ejemplar con una **M** mayúscula en su etiqueta y advierte así de una primera procedencia signada por una lectura magistral. Si algo sabemos es que esa colección “pasó” por las manos exigentes de un humanista que evoca la descripción que Nietzsche propone: “lectores

perfectos, filólogos rigurosos” que logran “leer despacio, con profundidad, con intención honda, a puertas abiertas y con ojos y dedos delicados” (1981:9).

La posesión de una biblioteca genera en su propietario la preocupación por su destino. Preocupación que comparte con el ejemplar mismo: “El destino clave de todo ejemplar es el encuentro con sí mismo, es decir, con su colección” (Benjamin, 2012: 36). El destino menos esperado es la indiferencia que, en este caso, se traduce en un libro cerrado, a la espera de un lector que dé sentido solo si es capaz de sumergirse en su escritura.

El trabajo en el proyecto consiste en una revalorización de lo que estaba aparentemente “perdido”, no porque los estantes los ocultaran, sino porque su desconocimiento transformó la falta de uso en un olvido académico y esta “repatriación” generará, entonces, una mejora en todos los aspectos que encierra el concepto de patrimonio, entendido como “capital cultural” de las sociedades contemporáneas; de esta manera, contribuye a la revalorización continua de las culturas y de las identidades y es un vehículo importante para la transmisión de experiencias, aptitudes y conocimientos entre las generaciones.

Burucúa en un texto sobre Aby Warburg, historiador erudito del que el profesor Ciocchini es uno de sus primeros discípulos por estos pagos, admite que sus estudios estaban motivados más por la pasión que por el interés. Debíamos pasar, entonces, de la irresistible admiración por esos ejemplares al saber qué hacer con ellos con rigor disciplinar. El proyecto se fundamenta en el interés que es la curiosidad sostenida y recorre un trayecto desde la pasión de una colección particular, obsesionada en la posesión coleccionista hasta el interés académico, abierto y sistemático, por revalorizar a partir de un contacto que se pregunte por la lectura de volúmenes antiguos. La pregunta que seguramente deben hacerse quienes trabajan con estas colecciones es cómo transmitir ese interés y cómo sostenerlo en los lectores; la única respuesta, por el momento, está en el entusiasmo encauzado por el conocimiento bibliológico al servicio de una lectura actual de una escritura remota.

Fabiano Cataldo de Azevedo en su conferencia del 21 de agosto de 2020 señala que el libro en el estante representa la figura del iceberg, solo vemos una pequeña, pequeñísima parte de todo su caudal, no del potencial que el libro como construcción simbólica presupone sino de su materialidad concreta, aquello que se nos aparece en la manipulación pronta, en el contacto que nos permite develar lo que Flaubert y Warburg predecían como perteneciente a la divinidad: los detalles.

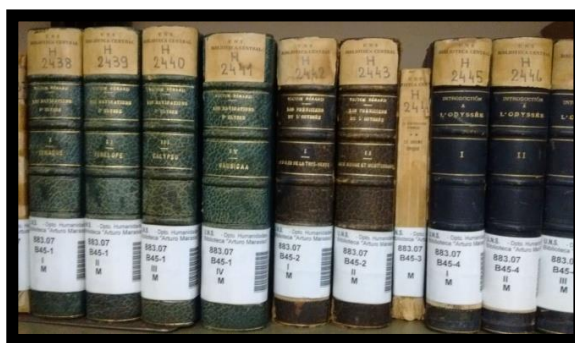
La llegada de los libros de Marasso a la biblioteca confirma una estancia que pone en discusión las múltiples facetas o dimensiones que Alejandro Parada dispone en “El libro antiguo y sus facetas conjeturales” y que resuenan en su conferencia del 8 de septiembre del año pasado, que en su título impulsa como “dimensiones palpitantes del Libro antiguo”. Tomar contacto con esos libros iniciaron un “palpitar” de cuestionamientos que abarcan las facetas que el autor expone: ¿qué teníamos entre manos? Esta pregunta nos condujo a buscar en el terreno terminológico el concepto que nos ayudara a establecer los alcances de esa colección: libros raros, antiguos, especiales; estábamos frente a una colección especial, con una procedencia incuestionable que respondía al afán bibliófilo y académico de un protagonista del pensamiento crítico orientado hacia la cultura clásica. Esa complejidad y ambigüedad conceptual que se presenta como fortaleza permite la amplitud en la consideración y fomenta una zona de fronteras capaz de diseminar los ejemplares en una región que se nominaliza en la palabra colección, acompañada de un apellido que es procedencia por su origen y destino por su legado. Colección Marasso que despertó en el año 1986 otro interés que la dimensión económica sustenta en el libro como mercancía, algunos libros fueron robados, algunos

recontrados y otros se perdieron en un recorrido no previsto ni calculado. Poner en valor los que persisten en los anaqueles demandará también el cuidado y la previsión que la espacialidad actual deberá revisar. Esto redundará en un aumento del patrimonio de la Universidad, que tendrá que reflexionar y gestionar en relación con estos materiales sobre los que hasta ahora, no se ha expedido. Se transforma así en un patrimonio entendido como lo que “llegamos a poseer porque ha sobrevivido al paso del tiempo y nos llega para rehacer nuestra relación con el mundo que ya pasó” (Ballart, 1997:37)

Indagar en la temporalidad, el *tempus*, el fluir del libro en el tiempo y del tiempo en el libro, que Parada incluye en cada ejemplar y así lo distingue, lo hace único, se convierte no solo en un condicionante ordenador, sino en un motivo de búsqueda que dispara la dimensión temporo-espacial a partir de una mirada detenida y siempre inquisidora. Conocedores del carácter estacional en el tránsito de esos libros por distintos parajes es necesario preguntarles por su trayecto. Su condición de documento los hace susceptibles de ser objetos para estudio e investigación y la búsqueda indicial, la que remite al paradigma indiciario de Guinzburg que a su vez nos refiere a Peirce y la abducción y a Warburg en su afán por poner a las obras de arte bajo estado de sospecha, es un punto de partida que convoca el posicionamiento epistemológico.

La multiplicidad disciplinar es el camino inevitable para pensar el libro desde su pertenencia en una colección, es el mismo libro el que no admitiría lo contrario, como afirma Darnton: “Los libros se rehúsan también a que se los confine dentro de los límites de una sola disciplina cuando se los ve como objeto de estudio” (2010:146).

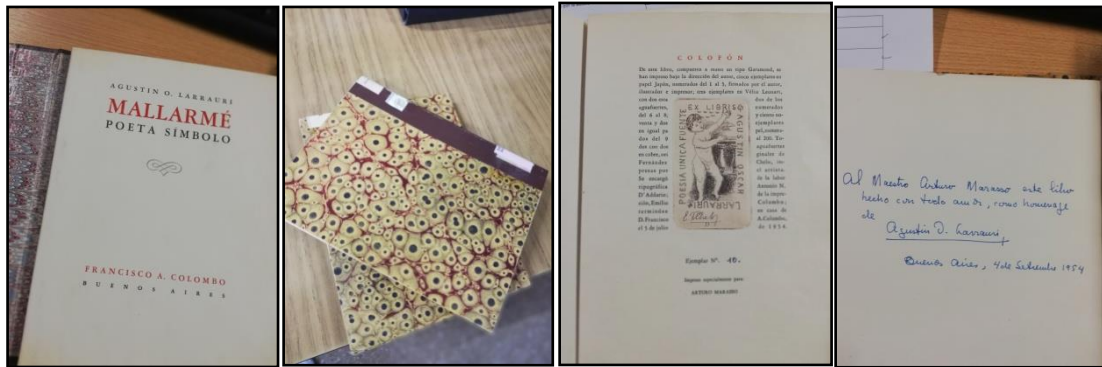
Actualmente, en la biblioteca hay 111 libros antiguos procedentes de la colección adquirida a Marasso, amparada en una colección mayor de fondo antiguo que alcanza los 190 ejemplares. Tres provienen de una colección denominada Conicet y setenta y seis han llegado de diversas procedencias, la mayoría por donación. Catorce de estos libros son del siglo XVI, veintiséis del siglo XVII, ochenta y siete, del siglo XVIII, treinta y cuatro del siglo XIX y siete del período son del período de 1900 a 1918. Hay veintidós libros con fecha sin determinar.



El libro más antiguo es de 1515, de Aulo Gelio, *Noches Aticas: Noctum Atticarum libri undeuiginti*, Venecia, Aldo Manuncio.

Colombo, el 5 de julio de 1954. Ejemplar N° 10. Impreso especialmente para ARTURO MARASSO.

Una dedicatoria impresa en un libro impreso especialmente para él, que está entre los diez primeros de una impresión de doscientos y que, como muestra de gran afecto y admiración por su maestro, está acompañada por una dedicatoria manuscrita, como refuerzo de una actitud de reconocimiento. La escritura a mano confirma la impresa; no duplica, robustece; no redundante, autentica; rubrica la presencia y el contacto.



En la conferencia mencionada que dictara Cataldo de Azevedo, hay una cita del *Diccionario del Libro* en la que María Isabel Faria y María das Gracias Pericao en la que define la procedencia como:

Información acerca de la transmisión de propiedad de un manuscrito o impreso; una encuadernación especial con super libris, ex libris, sello, estampilla o cualquier otra inscripción de anteriores poseedores puede indicar la procedencia de la especie en la cual aparece, reviste particular importancia en una biblioteca, etc. cuando el ejemplar en cuestión pertenecía a una personalidad conocida.

Esta descripción confirma que la procedencia inmediata de la colección es un factor suficiente para considerarla como generadora de una colección. Esa biblioteca particular se convierte en una colección en un ámbito institucional: la colección Marasso deja a la vista la punta del iceberg y ahora la dimensión profesional y técnica se pone en marcha y nos exige una intercomunicación con ámbitos superadores de los saberes bibliotecológicos para afrontar tareas de preservación y de conservación que habitan los campos de la Museología y de la Archivística.

Comienza, también, la pesquisa “arqueológica”, como menciona Cataldo en un guiño foucaultiano. La valoración de sus rasgos visibles y de sus características más notables y sutiles nos enfrentan a una tarea detectivesca, indicial, conjetural, hipotética, a un trabajo que comienza en la observación y se dispara en búsquedas múltiples.

Cataldo de Azevedo lo confirma al decir:

La investigación sobre la procedencia de un libro puede ser un emprendimiento casi de detective, porque los libros, así como las personas, “viajan” en el espacio y en el tiempo y sus “destinos” frecuentemente son afectados por varios infortunios (censura, incendios, inundaciones, dispersiones, robos, etc.) por eso no siempre tenemos la suerte de poder estudiar un todo que sea compacto e intacto en términos de procedencia.

Situación comparable a la búsqueda de etimologías, a la mirada filológica que rastrea una palabra desde un presente para llegar a su origen, planteando en cada modificación una estación en la que esa palabra se instala, modificada en su significante

como señal de un movimiento que advierte sobre la movilidad semántica. Un signo trashumante que encuentra en su punto de partida la etimología, la genética de un lugar que se transforma en espacio de apropiación de sentidos. El punto de partida desde una imprenta de la que parte y encuentra posadas que depositan en su materialidad alguna seña, cicatrices de aventuras y posesiones, escrituras sobre escrituras, dibujos y marcas que habilitan una pregunta, una suposición, otra estación en que demorarse.

Estas marcas de procedencia están asociadas a un momento, a un contexto histórico. Hasta ahora no hemos encontrado marcas que pudieran adjudicarse al profesor Marasso previo a la inclusión del material en la biblioteca como señalador de esa voluntad de pasaje. No hay un *ex dono* que indique esa procedencia desde la perspectiva del dueño de la colección. La búsqueda recién comienza.

Una de esas marcas, que evidencian un trato previo y una relación personal de encuentro, es la dedicatoria. En el caso de los libros dedicados a Marasso, encontramos relaciones de admiración y amistad que se evidencian en esta actitud afectiva que encuentra en la escritura, una confirmación.

Estas marcas están manuscritas, con una grafía que nos conducen a una manera de escribir de “antes”, el gesto escriturario más la selección de las palabras nos remontan a otros tiempos, nos introducen en una escena imaginable, en una escenografía posible, en un encuentro similar en todos los casos y presentes en un pasado no tan alejado, pero sí, irreversible.

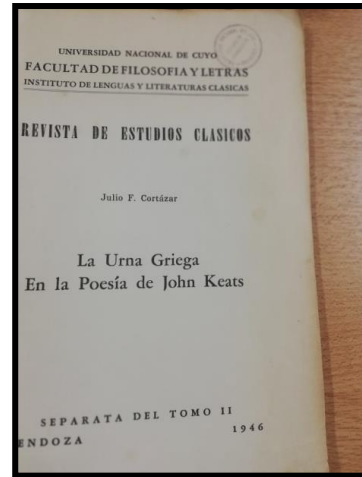
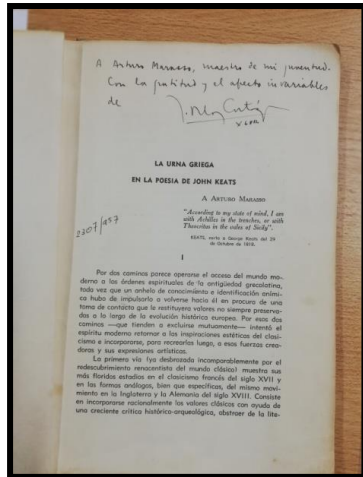
Esta escritura es personal, escapa a las coordenadas de la edición, implican la decisión de destinar un libro; lo apartan del conjunto para conformar otro posible: el de libros dedicados. Subyace en ellos la íntima intención de un lector elegido, la presunción de una lectura predestinada, el pacto lecturario bajo la rúbrica de un autor reconocido.

Si analizamos la etimología de la palabra dedicatoria, esta nos orienta a la acción de ofrecer y dar algo con la dirección implícita en el prefijo “de”, es decir un gesto de arriba hacia abajo, en este caso la intención es la de fortalecer el vínculo centrado en la lectura; “dicare” alude a revelar, declarar, consagrar. En un acto performativo, la dedicatoria revela un afecto que se explicitará en la selección de las palabras, declara una intención manifiesta que, en ocasiones, puede ser el regalo de este libro como muestra de admiración, estima especial y consagra ese libro a la posesión del receptor de ese ejemplar que, intuye a la lectura como única forma de retribución.

Entre esas dedicatorias que hoy suman veintiocho, podemos discriminar las que responden a una intención más formal que afectiva y las que demuestran un aprecio genuino, un agradecimiento por lo aprendido que se trasunta en la palabra “maestro” o “magistral” como un homenaje íntimo, esperado, convocante.

Una de ellas es la de un estudiante de la Escuela Normal Superior del Profesorado Mariano Acosta, que reconoce que entre cien profesores, solo recuerda dos: Arturo Marasso y Vicente Fatone. Ese ex alumno es Julio Cortázar que en una entrevista que le hiciera Osvaldo Soriano reconoce:

Uno fue don Arturo Marasso, que era profesor de literatura griega y española y me situó en el mundo de la mitología griega. Marasso me enseñó montones de cosas, y se dio cuenta de mi vocación literaria. En ese tiempo yo no tenía ni un centavo, entonces él me hacía ir a su casa y me prestaba sus libros. Me hizo leer a Sófocles, me hizo leer bien a Hornero, a Píndaro, me metió en el mundo griego y latino [...] Con Marasso me había leído todos los diálogos de Platón y con Fatone me metí en Aristóteles. Entonces hice toda mi formación filosófica griega y luego pasé a la Edad Media (1983)

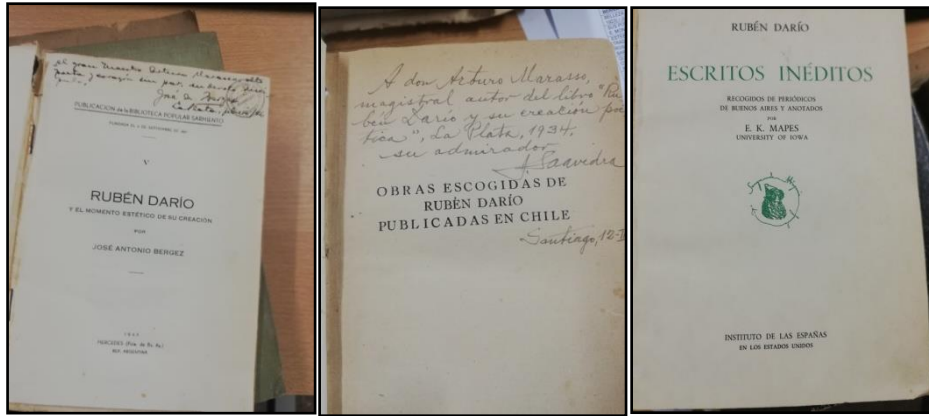


Aquí, otra vez, una doble dedicatoria: la impresa, la que destina a Arturo Marasso con un epígrafe de una carta de John Keats a su hermano menor George que ocupa un espacio estratégico entre la dedicatoria a su maestro y las palabras de un hermano mayor a su hermano joven. La referencia a Aquiles y a Teócrito, a la trinchera o a los valles bucólicos, a la fuerza y a la reflexión, a la épica y a la poesía griegas reflejan la formación clásica que recibió Cortázar en las clases de literatura y que admite, superaron el ámbito de los claustros para incorporar el hogareño. En la poesía de Keats la búsqueda de lo griego tenía un guía, Marasso.

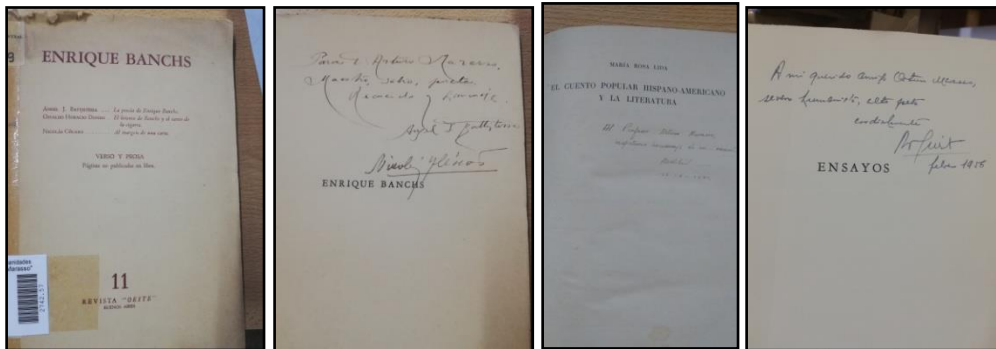
Frente a la síntesis de la dedicatoria impresa, con el ascetismo provocado por la reserva de la intimidad, aparece esta otra, manuscrita y prolija: “A Arturo Marasso, maestro de mi juventud. Con la gratitud y el afecto invariables de Julio Cortázar” y el año 1947 en números romanos, como un guiño más a esa afinidad común por las lenguas clásicas.

“Maestro”, así con mayúsculas, es una constante en estas dedicatorias. Se suma a la dedicatoria del libro de Larrauri ya comentada anteriormente y a la de Cortázar, la que escribe José Antonio Bergéz, en su libro *Rubén Darío y el momento estético* de su creación: “Al gran Maestro, Arturo Marasso, alto poeta y corazón sin par, su devoto discípulo” La Plata, 1946.

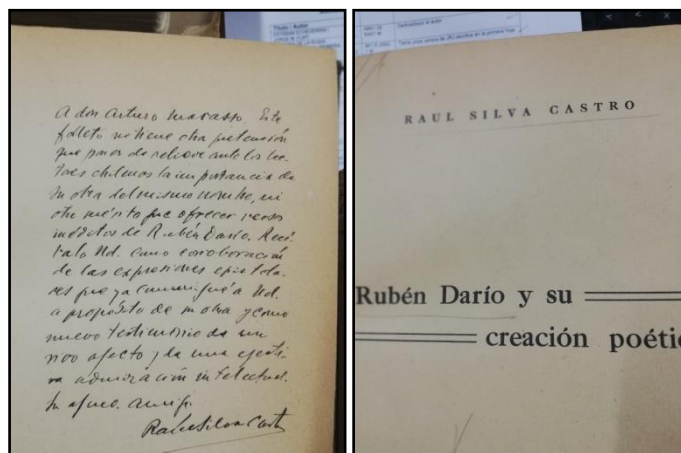
Muchos son los libros dedicados que están referidos a Rubén Darío; Marasso fue un estudioso crítico de la obra del nicaragüense, se consolidó como una referencia inobjetable para cualquier estudio de su poesía. En la edición crítica de Julio Saavedra Molina y Erwin K. Mapes, *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*, en 1939, editado en Santiago de Chile, le dedica el libro: “A don Arturo Marasso, magistral autor del libro ‘Rubén Darío y su creación poética’”, escribe Saavedra y “Al Dr. Arturo Marasso, querido amigo y distinguido crítico”, refuerza Mapes en una edición que recoge escritos inéditos del poeta editado por el Instituto de las Españas en Estados Unidos.



Maestro entre maestros, se advierte en las dedicatorias de pares en el trabajo crítico y académico que dejan un sabor discipular, de aprendizaje y reconocimiento. Tal es el caso de Ángel Battistesa, Nicolás Cócara, María Rosa Lida, Roberto Giusti, rigurosos investigadores que reconocen al “Maestro, sabio, poeta”, “Al Profesor”, “severo humanista, alto poeta” con evidencias transparentes de admiración.

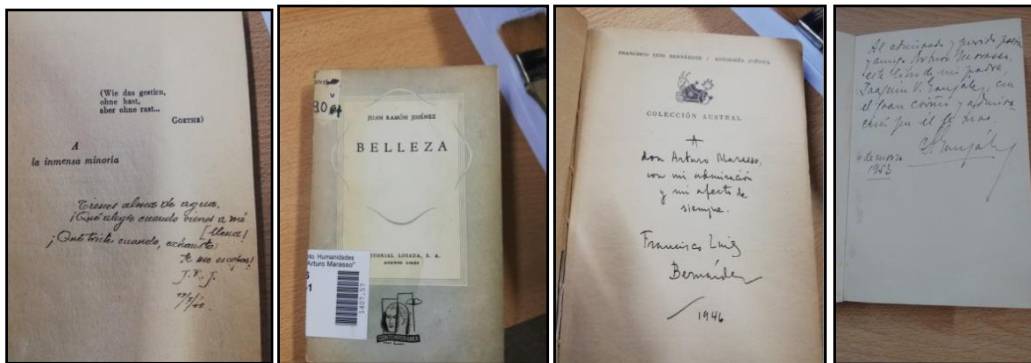


Raúl Silva Castro, en el “folleto” *Rubén Darío y su creación poética*, escribe una larga dedicatoria en la que reconoce la importancia del título que es de un texto de Marasso y dice “recíbalo Ud. como corroboración de las expresiones epistolares que ya comuniqué a Ud. a propósito de su obra y como nuevo testimonio de un vivo afecto y de una efectiva admiración intelectual”.



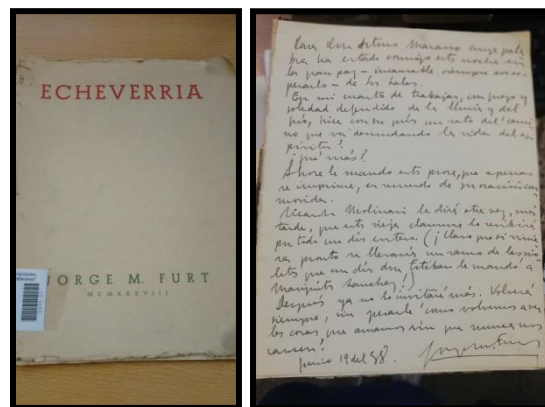
Marasso escritor, poeta, también encuentra en sus colegas ese afecto y reconocimiento: Juan Ramón Jiménez copia unos versos suyos que describen el encuentro

entre poetas; Francisco Luis Bernárdez en su brevedad resume afecto y admiración y esa actitud de agradecimiento trasciende al ámbito familiar como lo vemos en el libro *Kabir*, dedicado por el hijo de Joaquín V. González.



Una de las dedicatorias que sobresale no solo por su extensión sino por lo que su contenido puede disparar para una búsqueda de otras partes de la colección privada de Marasso que, sabemos, habita en otras bibliotecas, es la del libro *Echeverría*, obra de otro gran filólogo, Jorge M. Furt, en 1938. En ella hay una invitación que se intuye reiterada, a la estancia “Los Talas”, en Luján, en la que está la Fundación, Archivo y Biblioteca Jorge Furt, que tiene, como lo asegura Mónica Fernández en su estudio sobre este investigador, la biblioteca de Marasso: “J. M. Furt adquirió igualmente las bibliotecas de Clemente Fregeiro, Víctor Tappone y Arturo Marasso” (2019: 284). Esta dedicatoria ayudará a considerar la proximidad de otros libros de Marasso, analizar la selección que se realizó para quedarse en nuestros anaqueles y ampliar la mirada bibliófila a partir de un conjunto más amplio, abarcador del pensamiento humanista que compartía con Furt.

... Claro que si viniera pronto se llevaría un ramo de las violetas que un día le mandó a Mariquita Sánchez. Después, ya no lo invitaré más. Volverá siempre, sin pesarle, como volvemos a ver las cosas que amamos sin que nunca nos cansen. Junio, 19 de 1958.



No sabemos, por ahora, si don Arturo visitó la estancia, pero sí que se ha quedado allí, para siempre, en la biblioteca, en diálogo con otras colecciones, con los libros de otros tiempos, en un viaje estático por la historia del pensamiento, como afirma Descartes en el *Discurso del método*:

Que la lectura de todos los buenos libros es como una conversación con los hombres más selectos de los pasados siglos que fueron sus autores, y

hasta una conversación estudiada en la que no nos descubren más que sus mejores pensamientos. (1983:50)

Indagar una colección es iniciar ese viaje, si la colección además proviene de una estación precisa y se enmarca en la posesión personal de una biblioteca, la procedencia asegura el contacto con una mirada que ha seleccionado un recorrido que lo posiciona como pensador. Ese viaje puede resumirse en la prontitud semántica de un título de una conferencia que Roger Chartier y Emilio Burucúa nos brindaran en un ciclo de conferencias el año pasado: *Materialidad de los textos, movilidad de su sentido*. Desde los sentidos que nos permiten conectar directamente hasta la construcción de sentido que se moviliza en la interpretación contextualizada. Las dedicatorias colaboran para ahondar esa mirada: las fórmulas de tratamiento, la elección de los adjetivos, la insistencia de algunos términos; la dedicada y delicada presencia de actitudes de agradecimiento, reconocimiento y admiración, que superan lo protocolar de la formalidad, habilitan un posible arraigo en grupos de pertenencia, un capital social que descubre intereses, aficiones, contactos y encuentros. Y, en el caso, de esta colección, hasta proponen una red que confluye en la fluidez de la lectura y de la historia del pensamiento.

Todas estas dedicatorias, las de colegas, pares académicos, discípulos, confirman el carácter mágico que Borges, en *La cifra*, les adiciona; algo inexplicable, oculto, hay en ellas. En *Los conjurados* menciona un tejido misterioso: “¡Qué misterio es una dedicatoria, una entrega de símbolos!” (Borges, 1985: 11) que combina la espontaneidad de la oralidad y la formalidad de la escritura que se asegura permanente. Indudablemente, “cabría definirla como el acto más grato y más sensible de pronunciar un nombre” (Borges, 1981: 11). El nombre de la Biblioteca de Humanidades nos habla de un legado, esa otra forma, quizás más ostentosa, de una dedicatoria.

Bibliografía

Ballart, Josep (1997) *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Barcelona, Ariel.

Benjamin, Walter (2012) *Desembalo mi biblioteca: el arte de coleccionar*. Barcelona, Olañeta, editor.

Borges, Jorge Luis (1981) *La cifra*. Buenos Aires, Emecé.

----- (1985) *Los conjurados*. Madrid, Alianza.

Camarero Benito, Antonio (1970) *Obras clásicas en la biblioteca “Arturo Marasso”*. Conferencia leída en LRA 13 Radio Nacional de Bahía Blanca. 25 de junio de 1970.

Cataldo de Azevedo, Fabiano (2020). *Las colecciones bibliográficas especiales: diferentes miradas*. Conferencia dictada en el marco de las Conferencias internacionales 2020, organizadas por la Biblioteca Nacional Mariano Moreno y la Asociación Internacional para la protección del Patrimonio Cultural. 21 de agosto. <https://www.youtube.com/watch?v=tJ9XnHOeu7s>

Chartier, Roger; Burucúa, Emilio (2020) *Materialidad de los textos, movilidad de su sentido. El insustituible papel de las colecciones especiales*. Conferencia dictada en el marco de las Conferencias internacionales 2020, organizadas por la Biblioteca Nacional

Mariano Moreno y la Asociación Internacional para la protección del Patrimonio Cultural. 18 de septiembre. <https://www.youtube.com/watch?v=xjgTUb55uzQ&t=8s>

Ciocchini, Héctor (1967) *Arturo Marasso*. Buenos Aires, Ediciones culturales argentinas.

Compagnon, Antoine (2020) *La segunda mano o el trabajo de la cita*. Trad. De Manuel Arranz. Barcelona, Acantilado.

Darnton, Robert (2010) “Qué es la historia del libro”, en: *El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires, FCE.

Descartes, René (1983) *El discurso del método*. Buenos Aires, Orbis.

Elissalde, Roberto (2020) “Arturo Marasso por Manuel Mujica Láinez”, en *La Prensa*, 26 de abril de 2020. <http://www.laprensa.com.ar/488122-Arturo-Marasso-por-Manuel-Mujica-Lainez.note.aspx>

Fernández, Mónica (2019) “Análisis sobre la construcción de la valorización patrimonial de la Pampa Argentina. La Estancia Los Talas y el escritor Jorge M. Furt”. *RED Sociales, Revista del Departamento de Ciencias sociales*. Vol. 06, n° 03: 227-320.

Nietzsche, Frederick (1981) *Aurora*. Barcelona, Olañeta editor.

Parada, Alejandro (2020) *Dimensiones palpitantes del Libro Antiguo. Hacia una modernidad de los fondos especiales*. Conferencia dictada en el marco del Ciclo Conversaciones: El trabajo en bibliotecas con fondos antiguos y especiales. Organizado por Salas Museo de la Biblioteca pública de la Universidad Nacional de La Plata. 8 de septiembre. https://www.youtube.com/watch?v=x_omHG8l48o&t=250s

----- (2014) “El libro antiguo y sus facetas conjeturales: Una aproximación desde América Latina (Argentina). *Boletín del IIB*, vol. XIX, n° 1 y 2. Pp.11-35.

Soriano, Osvaldo (1983) “Entrevista a Julio Cortázar”. Buenos Aires, *Revista Humor*. Septiembre, 1983.

Universidad Nacional del Sur, Instituto de Humanidades. *Memoria del Instituto de Humanidades 1956-1969*. Bahía Blanca, Instituto de Humanidades. S.f. [disponible en <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/4180>, consultado en abril de 2021]

----- (1963) *Reglamento del funcionamiento del Instituto de Humanidades*. Bahía Blanca, Instituto de Humanidades.

